

PULGRAM, E. — *Italic, Latin, Italian 600 B. C. to A. D. 1260. Texts and Commentaries.*
Heidelberg, C. Winter, 1978, 400 pp.

Esta obra que consta de una selección de textos, ante todo epigráficos, con su respectiva traducción y comentario, viene a ser un buen complemento de otra bastante anterior del autor (*The Tongues of Italy: Prehistory and History*, 1958), tanto desde el punto de vista documental como desde el teórico gramatical. Los textos abarcan 18 siglos y medio de historia lingüística y pertenecen a tres diasistemas sucesivos: el prelatino o itálico, el latino y el italiano. Cada diasistema tiene su unidad histórica y tipológica y en su conjunto los tres reflejan la continuidad de la historia lingüística de Italia. En la base de esta sucesión diasistemática está la coexistencia de la lengua escrita, «estandarizada» y conservadora por naturaleza, y de la lengua hablada, cada vez más distanciada de la anterior.

La parte dedicada a las lenguas itálicas ofrece al lector un gran bosquejo de éstas donde se resaltan con pinceladas nítidas y claras los puntos más interesantes del estudio del itálico. Se comienza con el *ligur* (pp. 35-36), del que se poseen testimonios muy escasos, glosas, nombres de persona y de localidades; no obstante, no se excluye la posibilidad de que nos encontremos ante una lengua indoeuropea. Sigue el *lepóntico* (pp. 36-38), que nos es conocido por un grupo de inscripciones no completas; según el autor, se trata de una lengua indoeuropea encuadrada tal vez entre el céltico y el itálico. Se estudian tres inscripciones del *rético* (pp. 38-43) y se presentan las numerosas tentativas de interpretación de dichos textos; a pesar de todo, nada es seguro; es cierto que aparecen rasgos etruscos, pero la lengua no es etrusca; una cosa es clara, al menos: se trata de una lengua lejana del itálico que vemos en el *osco*, *umbro*, *falisco* y *latín*.

Del véneto (pp. 43-63), lengua hoy bastante bien estudiada, se da una minuciosa exposición sobre el alfabeto y el comentario de siete inscripciones representativas; sin embargo, debemos expresar nuestras reservas en algún punto; así, en la página 48 el autor pone en la base de *reitia*, nombre de la diosa de la localidad de Este, la raíz **rekt-*; preferimos ver una raíz de tipo **krei-* o **rei-*, como ya hizo Lejeune (*Manuel...*, 1974, p. 328), con el significado de «hacer una incisión», «escribir», es decir, nos encontraríamos con una diosa de la escritura que, como se sabe, tuvo gran importancia entre los vénetos; por otra parte, la conjunción *ke* no procede de **k^we*, sino de **ke*, cf. lidio *se*, ya que **k^w* dio *kv*, como puede verse en una inscripción de Altino, donde puede leerse *-kve*, conjunción copulativa enclítica (cf. Prosdocimi, *AGI* 56, 1971, pp. 35 y 37).

El estudio del mesapio (pp. 63-71) se basa en un comentario detenido de cuatro inscripciones; ésta es una lengua no bien conocida y en la que se han volcado de forma excesiva pruebas y argumentos etimologicistas; no obstante, algunas cosas son claras, como los dativos del singular en *-a* de los temas en **-ā* que el autor considera más bien como nominativos o vocativos; estos vocativos en *-a* se encuentran dentro del ámbito itálico en peligno, latín dialectal y tal vez en falisco. En cuanto a la posibilidad de que el sículo (pp. 71-73) sea indoeuropeo, Pulgram se muestra más escéptico que Pisani y Vetter, quienes lo consideran efectivamente indoeuropeo.

Bajo el nombre de itálico del Este (pp. 73-77) se recogen unas inscripciones del *Picenum* y se distinguen un picénico del Norte y otro del Sur; pero esta clasificación descansa sobre el tipo de alfabetos y no sobre la lengua, ya que la interpretación de estas inscripciones dada por los estudiosos es sumamente dudosa.

El osco (pp. 78-102) ocupa un buen número de páginas en las que se exponen su situación geográfica, fuentes y cronología y finalmente se hace un estudio pormenorizado de cuatro inscripciones; estudio que se mueve dentro de la más pura ortodoxia a la hora de explicar problemas tales como el de la cantidad, o la síncopa vocálica, etc.; la explicación de este fenómeno debe buscarse por caminos distintos del acento de intensidad inicial. Del umbro (pp. 102-134) se exponen sus principales características fonéticas, la historia del descubrimiento de las tablas iguvinas, se apunta la posibilidad de que el texto pertenezca a una época anterior a su confección material y se hace la exégesis de una selección del mismo; al analizar el término *anferener* (p. 112) se dice que *-er* procede de *-us*; creemos que debe tratarse de una confusión tipográfica, por cuanto es claro que *-er* procede de *-eis*; no obstante, este error vuelve a repetirse (p. 116).

El peligno (pp. 134-142) se estudia a partir de la más importante de sus inscripciones, la de *Herentas*; quisiéramos señalar que, si bien no existen muchos inconvenientes en aceptar la explicación de las cinco primeras líneas de la inscripción, sin embargo estamos en desacuerdo con la interpretación de tres palabras de sus dos últimas líneas, a saber *puus*, *lexe* y *lifar*. *Lexe* no puede ser *legistis* < **lég(e)s-te*, ya que el grupo **-gst-* daría **-kst-*, pero nunca *-x-* [ks], pues en todas las lenguas itálicas un grupo de este tipo nunca ha perdido la *t* que no vemos en *lexe*. Se trataría más bien de un infinitivo a partir de **leg(e)se* con *-se* de **-si* como en los infinitivos latinos. No olvidemos que el peligno comparte con el latín un buen número de isoglosas. *Lifar* no es el dios *Liber* sino un subjuntivo con el valor de *libeat*, forma paralela al umbro *ferar*, cf. también o. *loufir*, lat. *libet*, *uel*. Se trataría, en definitiva, de la forma verbal de la que dependería el infinitivo

lexe. A su vez *puus* sería ac. pl. del pronombre relativo, sujeto de *lexe* y no nom. pl., como normalmente se entiende¹.

Al latín se dedica la parte central y más extensa del libro (pp. 159-309). Los textos seleccionados representan milenio y medio de la historia de esta lengua, desde sus albores epigráficos en torno al 600 a. C. hasta el s. IX en plena Edad Media; en su mayor parte son inscripciones que pertenecen a cuatro grandes períodos: el arcaico, cuya lengua se caracteriza por la abundancia de rasgos dialectales; el preclásico entre las mitades de los siglos III y II, con la fijación ortográfica; el clásico y alto imperial hasta el 300, del que se ofrece una buena representación de los *graffiti* de Pompeya; y el imperial tardío con mayoría de inscripciones cristianas. De los textos literarios se comentan fragmentos de Petronio, Apicio, la *Mulomedicina Chironis* y la *Peregrinatio Aetheriae*. En el capítulo de la Alta Edad Media se incluyen textos de la *Vulgata*, Cesáreo de Arlés, Fredagario y otros legales y notariales de época longobarda y posteriores. Se inserta, además, un elenco de palabras, como testimonios vivos del latín hablado; y a este propósito no podía faltar el comentario de un buen número de lemas de la *Appendix Probi*.

La datación de los textos es, por lo general, tan sólo aproximada, pero ello no supone mayor inconveniente, dada la lentitud de los cambios lingüísticos sometidos a la presión de la *urbanitas* y la *elegantia* del latín clásico; por esto mismo los textos más elocuentes, desde el punto de vista de la evolución de la lengua, pertenecen al período preclásico, al imperial tardío y al medieval. Entre el latín preliterario y el romance hay una línea de continuidad constituida por la lengua hablada, y hacia las manifestaciones de ésta en los textos escritos se dirige principalmente la atención del autor; así, se insiste en evoluciones muy tempranas que se consolidarán mucho después, frecuentemente fonéticas como la caída de *-m* (*oino*) y de *-s* (*Cornelio*) o la reducción de *-ns-* (*cosol*) en los *elogia Scipionum*; otras veces morfosintácticas como la construcción *opiparum ad ueitam quolundam*, variante preposicional, frente a *aciptum aetatei agedai* en la misma dedicatoria de los cocineros faliscos, que prefigura el resultado en romance.

Como hemos dicho, el autor ve, naturalmente, en el latín hablado («Spoken Latin») el hilo conductor de la continuidad latino-románica y limita, por el contrario, el concepto de latín vulgar al período postclásico acercándose al criterio de los romanistas que suelen reducirlo al protorromance; sin embargo, es éste un concepto que no debe definirse cronológicamente, pues compete al nivel diatópico de la lengua; en realidad el latín vulgar ha coexistido con otros estratos más elevados, al menos desde que la lengua comenzó a confiarse a la escritura; por eso el latín vulgar no es esencialmente distinto del latín hablado que trata de ilustrar el autor con un método absolutamente válido basado en el contraste evolutivo-conservador de la pronunciación y la ortografía; mientras aquélla avanza inexorablemente hacia los resultados románicos, ésta se atiene mal que bien a las normas clásicas, pero éstas son traicionadas a menudo por la evolución fonética.

Pulgram se muestra prudente respecto de la influencia griega en el latín hablado y no cree en la existencia de un latín cristiano peculiar; en cambio, destaca la importancia que tuvo la lengua popular en los autores cristianos, tal como se refleja en obras de la literatura eclesiástica (la *Vulgata* de Jerónimo) y secular

¹ Cf. R. J. Zamudio, *Estudio del dialecto peligno y su entorno lingüístico*, Tesis Doctoral inédita. Universidad de Salamanca, 1979, pp. 44 ss., 291 y 294.

(la *Peregrinatio Aetheriae*). Las referencias de las lenguas románicas que se prodigan a lo largo de este estudio son, naturalmente, más completas en lo que atañe al italiano que se estudia después; abundan también las referencias del francés y se echan en falta a veces, por lo ilustrativas que hubieran sido, las de otras lenguas, particularmente de las iberorrománicas. El étimo del esp. *haz* (p. 251) no es *facia* sino el clásico *facies* o, mejor, el vulgar *facis* probablemente atestiguado en la *Appendix Probi* (p. 89) y el de *ser* es *sedere* más bien que *essere* (p. 283).

Del italiano medieval se ofrecen diecinueve textos (pp. 310-371) que se datan entre los siglos X y XIII, en los que en medio de latinismos más o menos abundantes se perfila la nueva lengua romance con sus rasgos típicos: pérdida de la flexión casual, adquisición del artículo, lenición consonántica al norte de la línea La Spezia-Rimini, etc.; esta lengua se hallaba ya anticipada en los propios textos latinos de la alta Edad Media que, aun cuando mantuvieran la ortografía clásica, debían de leerse a la manera italiana.

El criterio explicativo y no sólo interpretativo que se sigue en los comentarios obedece al propósito del autor de dirigirse a un público más amplio que el de los especialistas; esta condescendencia pedagógica, más observable en las notas, se hace sin menoscabo de la altura y el rigor científico; no obstante, en algún caso hubiera sido preferible evitarla: la explicación escolar de *quis* reemplazando a *aliquis* detrás de *si* no refleja la realidad histórica del *quis* indefinido enclítico (p. 292).

El índice de las concordancias de los textos latinos con el *CIL* y los índices de palabras correspondientes a los tres diasistemas cierran este libro en el que se da un fecundo maridaje entre lingüística y filología. Dado su carácter antológico, la bibliografía ni puede ni pretende ser exhaustiva; se recogen tan sólo las obras citadas y es suficientemente representativa.